

Carta a Edmond Bertrand



PABLO
MENACHO

CARTA A EDMOND BERTRAND

P A B L O M E N A C H O

Carta a Edmond Bertrand

PRIMERA MENCIÓN HONORÍFICA
PREMIO CENTROAMERICANO DE LITERATURA
«ROGELIO SINÁN» 2001-2002
[POESÍA]

**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA
DE PANAMÁ
2004**

COLECCIÓN «TESTIMONIOS NACIONALES»

Núm. 5

Carta a Edmond Bertrand

© Pablo Menacho, 2004.

© Primera edición: *Universidad Tecnológica de Panamá, 2004.*

Fotografía de contraportada:

© «*El Diario de Hoy*» (*San Salvador, El Salvador*)



P.

861

M521 MENACHO, Pablo

Carta a Edmond Bertrand/ Pablo Menacho. — Panamá: Universidad Tecnológica de Panamá, 2004.
84 p.; 21 cms.

ISBN 9962-802-33-4

1. LITERATURA PANAMEÑA—POESÍA
2. POESÍA PANAMEÑA
- I. Título



ISBN 9962-802-33-4

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, sin autorización del autor o del editor.

Impreso en Panamá

«CARTA A EDMOND BERTRAND» *o la escritura de este lugar*

Tuve el feliz privilegio de estar en la génesis de este libro. Pablo me lo contó de inicio a fin, antes de escribirlo, con esa emoción vivaz de haber encontrado una veta para el despliegue de las mil alas del pájaro de la poesía.

Una tarde sin prisa me relató sus propósitos, y por su conversación vi que estas páginas ya habían madurado en la reflexión de un tema medular de este lugar donde hemos hecho nuestra vida y que muchas veces se nos escurre por la memoria como agua entre los dedos.

Los morteros donde se muelen los diamantes de la creación están hechos de centellas que deslumbran y apasionan. Pablo estuvo, con paciencia y conectados al unísono su cerebro y su corazón, produciendo el fino polvo de cada verso hasta armar esta *Carta a Edmond Bertrand*; una sola pieza de basalto, una sola respiración y un vasto homenaje a este istmo, a su esencial geografía, enclavado en el paso de los mares.

El título es el eslabón que une su intención poética a otro sorprendente texto, el de Blaise Cendrars, escrito en París y sus suburbios en el año 1914: *Panamá o las aventuras de mis siete tíos*. Recuerdos y nostalgias de un infante francés y el duro destino de sus parientes en el dramático y tráfico esfuerzo de su patria por unir los océanos. El *crac* de Panamá que estremeció a su sociedad y la invadió de vergüenza. Una ilusión que terminó en una nada y que derrumbó a miles de seres.

Cendrars centra en Edmond Bertrand, un barman en Matachina, parte de aquella epopeya del fracaso; personaje sobreviviente y también hijo de Francia, que en el centro de la ruta transístmica tuvo una cantina de paso y de fantasmas.

Pablo Menacho pensó y sintió con lucidez que ese francés perdido en las hondonadas del cruce de los caminos era impor-

tante para el principal recurso literario de su libro. Una misiva, una carta, un contexto histórico, para escribir, una y otra vez, la densa y aleccionadora historia de nosotros mismos. Una ingeniosa manera de abrir su puerta poética, pero desde la perspectiva de los habitantes históricos de la ruta.

Carta a Edmond Bertrand es, en consecuencia, la escritura de este lugar llamado Panamá, de su espinazo y su delgadez, de sus euforias y sus silencios, de sus heridas y sus canciones perceptibles en la selva, de las poblaciones ahogadas para que el Canal de Panamá pudiese estar donde finalmente está.

Poesía telúrica y de abundantes noticias, poesía panorámica a través del tiempo y de los hombres y mujeres en medio del calor del trópico, poesía con sentido de honda dignidad por su país.

Sus páginas, aquellas que escuché primero en la oralidad, acaso duelan un poco aún, como doloroso ha sido el parto de nuestra nación. Vinculados como hemos estado y estamos al borde del mar y a la ambición desatada por el dominio del privilegiado paso americano, ser hondos y sinceros ante esta realidad, estas herencias y estas tormentas que nos explican, es un acierto.

Formalmente hablando, el pausado despliegue de sus versos produce conciliación, reconocimiento y recuperación en nuestra memoria y nuestra mezclada sangre. Y en definitiva, *Carta a Edmond Bertrand* es un libro escrito con rigor y con transparencia, en ese equilibrio de la báscula donde sentimiento y pensamiento se funden en el acto creador. A mi juicio, debemos congratularnos por la existencia de este poemario, y porque, sin duda, es un peldaño importante en el ascenso de la poesía panameña.

MANUEL ORESTES NIETO

«Mi séptimo tío
Nunca se supo qué fue de él
Dicen que me parezco a ti

Le dedico este poema Señor Bertrand
Usted me invitó con licores fuertes para prevenirme de las
fiebres del canal
[...]

Último francés de Panamá (no llegan a 20)
Le dedico este poema
A usted barman del “Matachina”
Millares de chinos murieron donde hoy se alza el bar
resplandeciente
[...]

Todos los años cambia las puertas de su establecimiento
cubiertas de firmas
Todos sus clientes
¡Qué testimonio esas 32 puertas!
Lenguas vivientes de ese sagrado canal que usted ama tanto...»

Blaise Cendrars
Panamá o las aventuras de mis siete tíos

Prólogo

1501: EL DÍA DEL ASOMBRO



Una mañana,
lo verde trazó la frágil línea que divide
a la mar del firmamento,
se desbordó abruptamente en nuestros ojos
como un espejismo más que nos tendía el horizonte
y los hombres,
llenos aún de aprehensión y asombro,
sucumbieron al deslumbre de estas costas.

Era un color que alucinaba
en los destellos de la luz del alba,
el mismo que trajeron las noticias
de aquellos viajeros primigenios
que descubrieron tu nombre
tallado en el follaje de aquel primer amanecer
tendido a tu costado:
el vuelo de las mariposas azules y amarillas
que siempre emigran en agosto,
el cardumen que festeja en la frescura de las aguas
y la contemplación
de este azul y de su transparencia,
tejida entonces con el mar
y la luz de un aire respirable.

Todo era nuevo, ciertamente.
El verde infinito dibujado por la costa,
los sonidos de las aves silvestres
vestidas de festivos colores y alegrías
que se mezclaban ardientes en sus alas.

La tierra tenía ya la redondez de los duraznos
y así apareciste en los mapas iniciales,
en las cartas
que a la navegación se hicieron más propicias,
para encontrarte siempre y luego hacerte el centro
de este paraíso terrenal y sus riquezas.

Aún no sabíamos cómo era tu cintura
o si más allá habrían otros mares
y otras guerras de conquista.

Fue aquí donde arreamos nuestras velas,
tierra de la promisión y del espanto.

Donde algún día
se tejerán las emboscadas más temibles.
Donde el fuego devorará a la ciudad más noble
y el cimarronaje asediará
las interminables caravanas
que atraviesan apresuradas por la selva.

Aquí trazaremos el largo camino de tu historia
sincronizando los relojes
con los vientos y las corrientes del océano.
La ruta de un tránsito perpetuo
por donde habrá de pasar la bonanza
hacia otras tierras
muy lejanas de estas tierras.

Mientras tanto,
atrás quedaba la mar océano:
un enorme dragón de agua
que desata sus implacables tempestades.

Aquí,
donde nuestra voz aún se multiplica
mientras recuperamos el aliento,
esperamos nuevamente
que el viento hinche nuestras velas.

1

BARMAN DEL MATACHINA



Don Edmond Bertrand, barman del Matachina,
las noches se descuelgan en medio del calor
y sus fragores.

Es el trópico silvestre y húmedo
que cobija nuestros cuerpos con un vapor
insoportable.

¿En cuál rincón del mundo,
muy lejos ya de esta playa y sus orillas,
yace usted en el olvido?

Usted,
personaje de una fábula fantástica:
el crac de Panamá
(cuántos desvaríos acosaron
a quienes intentaron que las aguas fueran una.)

Usted que arribó con todos sus anhelos
a este eje de confluencias
donde se cosechan sólo angustias.

Aquí el mar espejea aún con la luz que dejan
las largas jornadas y el letargo,
cuando los aeroplanos aún no habían partido
a colonizar los cielos,
eso que hoy reconocemos
como una patria inasible para el aire.

Dicen que usted coleccionó todas las puertas
—las treinta y dos puertas
con las firmas de todos sus clientes—.
Treinta y dos años de fiebres y de espantos.

Usted, que trasegó con el sueño
y el insomnio
de tantas noches infinitas.
Multiplicó las copas, inacabables y largas,
con aquellos sabores de Jamaica
—con ese ron sin duda ardiente
como se precipita el sol
en estos lugares del planeta—.

Copas que convocaban otras fiebres
contra la fiebre misma y sus delirios.
Que destilaban el olvido
y los interminables ecos que dejaban
las jornadas.

(Aún hoy desenterramos
la osamenta de esos tiempos:
Vidas que se fueron
derrumbadas por el sueño del hombre
y sus designios.)

Alguien dirá que fue el destino,
que todo estaba escrito en otros vaticinios...

2

LOS NUEVOS SIGNOS



Eran otros tiempos:

Los signos de una era gobernada
por grandes ciudades
que nacían para acariciar el cielo
y sus fronteras,
esclavizadas al hierro y al vapor
que no reconocían el cansancio.
La música escapaba
más allá de los motores
multiplicando las líneas de la producción
y del consumo.

El mundo de occidente
trazaba su entrada a la modernidad
y a un nuevo siglo
y los que un día fueron felices en sus tierras
fueron acorralados en islas
que cada día se hacen más pequeñas.

El telégrafo prefiguraba sus hilos
más allá del horizonte
mientras el mundo avanzaba
hacia el instante
y las fotos, que antes eran fijas,
comenzaban a moverse.

El arte era una sensibilidad recién descubierta
y nuevos signos
dibujaron sus trazos en el aire
acariciados por una música distinta
—y siempre negra—
en las noches arropadas por el jazz
de los primeros días
que se traslapaba a nuestra piel
como una entidad novedosa
e imprescindible.

En fin,
eran los tiempos de las nuevas ideas
y los descubrimientos,
un nuevo siglo ahora antiguo,
pero también las nuevas guerras
y la ambición incontenible
del hombre y sus potencias.

La necesidad de nuevos territorios
y materias.

3

LOS COLORES DE LA PIEL



Y nosotros, ataviados por los calores de la selva,
exploramos colores distintos
en la piel...

Edificamos un extraño zigurat
—la Babel de un nuevo mundo—
aquí, en el centro del trópico y las aguas,
con lenguas tan distintas
entrelazadas en un tejido nuevo
y pigmentos tan diversos mezclados en la sangre.
Era la ceremonia de las razas
que confluyen donde confluyen los caminos.

Y era el signo de nuestro desarraigo y tanta bruma,
intoxicados por una lejanía malquerida
transfigurada en treinta días de mal tiempo
que asediaban al Caribe:
nuestro mar común y la aventura.

(Las tempestades son puñales que hieren el velamen
y dejan cicatrices de adioses en el alma.)

Con una lluvia interminable
perseguida por el lodo
descubrimos la fiebre amarilla y la malaria.
El horror que ronda los pasillos
donde la enfermedad se establece y reina
sigilosa y artera como las señales de la selva
en esos atardeceres deslavados.

Un cielo diferente atestigua
la nueva esclavitud y los silencios
y un ángel despeinado
se asoma tembloroso en la mejilla.

(Ciertamente,
el agua era una para los caballos,
el ganado, las personas.)

Y las mujeres de Martinica,
infinitamente dulces
como el agua de los cocoteros,
aplacaron las urgencias que tejía la pasión
y completaron la naranja.

Aquellos días tuvimos tres comidas diarias,
siempre indigeribles,
por treinta centavos en las cocinas
y las viejas locomotoras arrastraban los vagones
como un desfile interminable de pardos ataúdes...

Muchos murieron de sordera
cuando el tren anunciaba su estampida.

¡Qué estaciones tan distintas
había entonces a lo largo de La Línea!

Sin embargo,
esos hombres teñidos por el sol de los veranos
no pudieron retornar a sus orígenes
resguardados aún por la margen de los mares,
a las palmeras que rascaban el cielo azul
de los océanos.

Sospechaban, infinitamente tristes,
desdichadamente solos,
que los muertos ya no aguardan
su regreso.

Eran forasteros
en las islas que navegan
por la indescriptible luz de las Antillas.

Allá donde los piratas soñaban la riqueza
con sus islas y tesoros
y otros idilios nacían al fragor de largas noches.

—«Hay gente fabricando gente»,
rezan los tambores todavía,
con sus vestiduras atávicas y sus desvelos—.

Llegaron de todas partes a esta parte
siguiendo las recientes profecías
y las calles se vistieron con los sonidos y colores
de un misterio inexplorado.

Una bendición para el mundo
—nos pensaban—.

4

EL AGUA Y LA DERROTA



Don Edmond Bertrand:
Usted sólo es el vuelo
de una imaginación privilegiada,
ajeno a la fortuna y a los infortunios
que vendrían a descomponer la luz
de la mañana y el deseo.

Es nuestra lealtad a esta tierra también desleal,
pero amorosa,
que acunó nuestros sueños más ardientes
y nuestras rebeldías.

Don Edmond Bertrand,
promotor de juergas y recuerdos
que aún intentan tocar el Sena en la memoria.
Usted,
que no sufrió con el delirio o el acoso,
la persecución o la vergüenza,
el descrédito público o el escarnio,
la bancarrota o el suicido.

El anhelo era entonces un pájaro sin alas.

(La luna,
redonda y agria,
traza líneas en el agua
que recuerdan un bolero
que rueda por el costado agreste
de la madrugada.)

Es el agua de la zanja,
profunda como una tumba que se multiplicó
con sus cadáveres anónimos y silvestres,
con pueblos enteros que se hundieron
o escaparon a las nuevas orillas
creadas por el hombre.
El agua de dos mares que se encontraron
en el centro mismo de la tierra.
El precio del sueño y la grandeza
con que el hombre emprendía sus hazañas.

Acaso alguien escriba sobre sus puertas
las trágicas historias de los chinos
y los ferrocarriles.

—El opio se arrastraba y hacía estragos
en el ángel de la bruma—.

Eran las tempestades que la muerte ya tendía
en las sombras de tan magna empresa
y la negritud,
desarraigada y moribunda,
que excava caminos para el agua
a través de las montañas
a pesar del acoso de la fiebre y la quinina.

Usted no es más que un pretexto,
un fantasma de la imaginación,
el mito de una historia irrepetible.

5

VERDE QUE DESLUMBRA



La selva era otra,
lejana y ajena a su trasiego de licores,
un aluvión de sangres y de días
desgajados por lluvias que nunca se anunciaban.

La selva que todo lo sepulta
y lo integra a su esplendor y lo vivifica.
Exuberancia de vida y muerte,
porvenir de pesadumbres
que se ocultan detrás del éxito y la sangre.

Es cierto lo que cuentan las postales
con esos paisajes acariciados por la suave luz
de una vela
y la emoción que se desborda
—incontenible como estas aguas tropicales—
por el rostro de un infante ya lejano:
Dulces árboles crecieron
en medio de las locomotoras
y también las algas tienden su mortaja
bajo el agua de la zanja.
Algunas están allí
como un monumento a la memoria.
Un conjuro indescifrable
de la historia y sus designios.

¿Acaso abarcarían los árboles de la ruta
las tantas cruces que la muerte precisaba?

Nada concluye o se disipa.

Es la transmutación que traen los desvelos
y elabora, en la cintura más delgada de la tierra,
formas novedosas

con las que el hombre vislumbra el horizonte

y traza sus intocables espejismos,

reconquista la ilusión de una pasión

que ya no es clara:

un paisaje alucinante como la alucinación misma

por donde siempre pasan,

como una ambición nunca colmada,

todo el oro y las riquezas.

Pronto, muy pronto,
el paraíso terrenal será el infierno
en que la bestia establezca sus castillos:
esos cuarteles en que los hombres
adoran a la muerte:
el largo sueño de la guerra y sus tambores
que entran en el templo y erigen sus trincheras.

Este verde que alucina,
pronto será un santuario de cañones,
una catedral donde ofician los estruendos.

6

LOS PUEBLOS AHOGADOS



El bar que marcó la ruta del crepúsculo
—seguramente—
yacerá amortajado por el agua
que resguarda las ruinas del olvido.

Quién podría suponer,
ahogado entre las fiebres del espanto,
que el Matachín,
a medio camino de todos los anhelos
—signo de su promisión y los deleites—,
también sería parte de la zanja,
del corredor de agua por donde habrían de pasar
los grandes buques del comercio y de la guerra,
los navegantes incansables de los siete mares
que vendrían de cada confín del planeta
para acortar el tiempo y las distancias.

(Sus treinta y dos puertas
nadan en una tarde infinitamente gris
buscando algún mar que las cobije.
Son los restos de un naufragio
en medio de la selva.)

Matachín

es hoy una sepultura subacuática.

Un recuerdo ahogado por las aguas del canal.

Algo extraño e inexistente

clavado ya en el fondo de los tiempos.

También Emperador, Obispo, Tabernilla,
Cruces

—con su iglesia aún visible

a través de la inmensa transparencia
del verano—,

Cascada, Culebra, Río Grande,

Ahorca Lagarto y Gatún

—sepultado entre las rocas y la arena—

sacrificaron su lugar al paso de las aguas

y, luego,

como si de una estampida humana se tratase,

muchos se establecieron a las orillas de sus vidas

en la nueva ribera trazada por el lago.

Pues, finalmente,
el beneficio del mundo fue nuestro sacrificio,
una incisión profunda en nuestra alma
desde donde nos arrebataron un futuro
más amable.

Sin embargo,
ahora que el tiempo retorna
de sus andaduras por el siglo,
la tarde se disuelve
y descansa sobre los arreboles.

7

EL ARTE DE LAS CENIZAS
[Pequeño homenaje a Blaise Cendrars]



Lo conocí mal y tarde
como un ave fénix que nunca se vislumbra,
incrustados en su alma, aún, los viajes iniciales:
Las largas torres de San Petersburgo
y aquel domingo teñido de rojo
por sus caballos y cosacos.
Era un día de enero de un distante calendario
que se alinea con el nuestro
donde, años más tarde,
se transfiguraba el misterio del amor
por esta tierra
a pesar de la vejación y los horrores.

Pero su mundo,
mágico umbral que modifica la palabra,
era otra realidad,
una obsesión distinta,
una fantasía incomprensible y simultánea,
un desconcertado trecho
entre la soledad y la tristeza.

¿Será cierto, acaso,
que el crac de Panamá lo convirtió en un poeta?

Usted que, a la luz de los ojos inocentes
de la infancia,
hilvanó recuerdos enterrados
en algún lugar de París y sus suburbios.

¿Conocería, acaso,
al contemplar la tarde y la distancia
a la sombra de los álamos y cipreses,
las imborrables cicatrices
que en esta piel se produjeron?

Ya sabe:
el mundo era una danza
acompañada por la música de las nuevas ideas.
La tecnología,
un arrebató irrefrenable
que nos lanzaba a la modernidad.

Y usted, Frédéric Sauser,
vago ser que se precipita por las cumbres
de Ginebra y sus fronteras,
era el arte y la ceniza.

(El verbo que es palabra:
cenizas de una realidad irrepetible.)

Usted que tuvo un nuevo nacimiento
convertido en llama inapagable,
un faro para resguardarnos de la apacibilidad.
Una nueva tempestad
que aún acariciamos deslumbrados.

Blaise Cendrars,
frase mágica e inabarcable.

¿Cuánta deuda hemos adquirido
con sus logros primigenios y sus insomnios,
con sus asombros y sus descubrimientos?
Los doscientos millones
en los que se incineró aquel crac
son una sombra que siempre palidece
al lado de todos sus aportes.

Quién diría que la guerra
le arrebataría un brazo y un ensueño.

8

UNA LARGA PESADILLA



Somos un aletazo de la historia:
Una renuncia,
un rechazo y un convenio
en el instante en que la singladura del tiempo
cambió nuestra derrota.

Y nosotros,
situados en el centro de todo y de la nada,
perplejos aún por la aparición de una pesadilla
siempre recurrente
en la que un demonio blanco
nos arranca las entrañas
con su pálido rostro
transpirando el calor de una tierra extraña.

Una pesadilla que se prefiguraba
dentro de la misma realidad.

A través de mil días
entre el furor y los espantos.
Luego de mil noches
transitadas por la incertidumbre
y la desolación,
y la luz de un destello
que partió en dos a un mes de mayo,
el crepúsculo fue una delgada línea
trazada entre el letargo y el olvido
mientras alguien soñaba con acariciarte los cabellos
y entregar tu perla dulce
a los deseos de un demonio
ya insaciable.

Después
fundamos universidades, bibliotecas, museos
y un lugar consagrado a nuestro espíritu
que luego habría de desplomarse en el olvido.

Y así,
cuando el pasado sea una espina amarga
que llevemos clavada ya en el alma,
tendremos
un caballero de la política,
un candidato de los pobres,
una dama de la bondad
que traerá ollas, medicinas y semillas
para aliviar, por un momento acaso,
el hambre corporal de nuestros campesinos.
Para entonces,
el oro verde habrá partido en fuga,
lejos, muy lejos de nosotros,
dejando atrás nuestra bonanza.

También tendremos
una escalinata de mármol
teñida por el rojo de la sangre de un disparo
y una marcha del hambre
que partirá de la mitad misma del siglo
y una ráfaga de luz
que cortará el espacio crepuscular
en medio del relinchar de los caballos.

Luego, como siempre,
seguiremos pronunciando nuestro anhelo
por la tierra dividida por los hombres,
un amor que habrá de derrumbar
todas las sombras
que se erigen en la niebla.

Nosotros, los de aquí,
debatidos entre la querencia y el desarraigo:
una informe multitud de resignados,
una formidable erupción de disconformes.

9

LA DESAZÓN DE UN SIGLO



Los volcanes pueden cantar
con sus voces acopladas en un fúnebre oratorio
que determine la ruta definitiva de las aguas.

Luego,
vendrían de otras tierras
a instaurarse nuevamente
en tus recintos,
a deslumbrarse con el azul
de las espumas y del aire.

Vendrían para indicarnos las fronteras,
a crear estaciones para sus largas estadias,
a ponerle fin a nuestra hacienda,
a entrar en los parques y las calles
como se establecen hoy en ellos
los mendigos y los menesterosos,
a controlar el vuelo de las aves
que surcan estos cielos veraniegos e invernales,
a poseer nuestras estatuas y recuerdos.

Pero nosotros tendremos aviones para el correo,
una moneda de plata para exhibir en los museos,
hogares impagables,
manifestaciones en las calles, moratorias,
y una voz que se difumina temblorosa
en las pocas grutas que nos dejan en el aire.

Era un vecino nuevo:
Una jauría tejiendo la emboscada
de un destino manifiesto,
regularizando la rutina,
cuadriculando el continente,
avanzando contra el mundo entero,
tejiendo las redes del desastre
con una exactitud digna de Laplace
y sus cálculos
lanzados unánimemente al infinito.

El mismo que vino para domar un río
y tragar con sus aguas a los pueblos de La Línea,
esa costura transcontinental
que trazó un canal de hierro en medio de la selva
para que transitaran por él
—insisto—
la obsesión y las riquezas,
que tendió con sus cercas
los límites entre nuestros sueños
y sus apetencias.
En fin,
un depredador insaciable del siglo XX
y sus linderos.

(La desazón,
que cubre de estupor a los veranos,
aún nos dura un siglo...)

Pero se fue
—según cuentan las crónicas de estos días
aún aciagos—
entre las sombras de la víspera
en una noche de diciembre,
diez años después de abalanzarse
sobre la oscuridad que atenuaban
las luces navideñas,
sembrando blancas cruces
en nuestros cementerios,
aguardando aún que nuestras mujeres
—dispuestas y anhelantes—
calmaran sus urgencias más primarias.

Las bestias nunca pacen prolongadas temporadas,
nunca se apaciguan.
Siempre retornan al acecho.

Y algunas veces,
sin embargo,
aún nos tiembla el corazón
como un astrolabio herido.

10

DULCES CLAVELES
EN LA SANGRE



El corazón ardía
como una hoguera incontenible
donde se incinera la impotencia
después de tantos años
de navegar sobre las sombras
sin rendirnos nunca
a la salvaje fiera de la nieve.
La misma que plantó una bandera extraña
en nuestro ombligo
donde la rebelión se confundía
con el olor de una mañana
que se resiste a deforestar
la flor de las naranjas.

A la postre,
tuvimos veintidós claveles
cortados con el filo de una noche aciaga
en medio de un aquelarre
de demonios.
Veintidós luces encendidas
que sortearon las borrascas
y vislumbraron el mediodía de un diciembre,
aún lejano y gris, pero posible.


Pero también un faro
iluminando nuestro viaje
con muchas lunas de dolor
descolgadas del tránsito del siglo.

Así vimos el tiempo contraerse
y transformar lo que antes era perpetuo
en años que se contaban largamente
hasta la culminación final
del calendario.

Fue así como llegó
el indescriptible día de la lluvia,
una lágrima que se derramó por la mejilla
de la tierra.

Epílogo

LA RUTA QUE VENDRÁ



Pero aún hoy,
después de tantas madrugadas
asediados por un implacable insomnio,
seguimos trazando nuestra ruta
por una senda inexplorada.

Desfilan las cruces de los muertos
mientras las manos flotan como granadas
en el aire.

Nuestros muertos
son raíces de una herida ya imborrable.

Nosotros, los de aquí,
aún nos resistimos a ser presa
de la sorpresa.

El mundo da giros distintos cada día
y, sin embargo,
aún nos batimos a duelo con los mismos fantasmas
sin resignarnos a borrar las marcas del acoso.
Soñando los oleajes que vendrán
con las corrientes de los mares.
Con la sangre intoxicada,
tanto como seguimos intoxicados
por la brevedad del instante
y la acumulación.

El mar siempre regresa
con la voz de los ausentes
y nos revela el rostro oscuro de la noche.

Este habrá de ser el momento para iluminarte
y trazarte, finalmente,
la nueva ruta que defina la mañana,
el instante en que la claridad se torne impostergable.

ÍNDICE



Índice

«Carta a Edmond Bertrand» o la escritura de este lugar/ Manuel Orestes Nieto	7
Prólogo	
<i>1501: El día del asombro</i>	11
1. <i>Barman del Matachina</i>	17
2. <i>Los nuevos signos</i>	23
3. <i>Los colores de la piel</i>	27
4. <i>El agua y la derrota</i>	32
5. <i>Verde que deslumbra</i>	39
6. <i>Los pueblos ahogados</i>	45
7. <i>El arte de las cenizas</i> <i>(Pequeño homenaje a Blaise Cendrars)</i>	51
8. <i>Una larga pesadilla</i>	57
9. <i>La desazón de un siglo</i>	63
10. <i>Dulces claveles en la sangre</i>	71
Epílogo	
<i>La ruta que vendrá</i>	75

Carta a Edmond Bertrand,
de Pablo Menacho,
se imprimió en la Sección de Imprenta
del Departamento de Divulgación Técnica Educativa
de la Universidad Tecnológica de Panamá,
en el mes de abril del año 2004.
La edición consta de 500 ejemplares.

La portada de este libro fue impresa
en los talleres de la Impresora de la Nación,
del Instituto Nacional de Cultura.



«Carta a Edmond Bertrand»

PABLO MENACHO



Nace en Chitré, provincia de Herrera, República de Panamá, el 2 de octubre de 1960.

Ha sido miembro del consejo de redacción de *Letrabierta [Carta de Poesía]* (1982), *La otra columna* (1982-1985) y la revista *Littera* (1995). También ha publicado en periódicos y revistas nacionales e internacionales, así como en algunas revistas electrónicas.

Aparece en antologías y volúmenes colectivos, tales como: *Serie poesía panameña actual No. 2* (1980), *Poetas jóvenes de Panamá* (1982), *Poesía panameña contemporánea* (México, 1982), *Casa de las*

Américas No. 150 (La Habana, 1985), *Mairena: Poesía de España y las Américas* (San Juan, 1992), *Afán que es una fiesta* (1996), *Umbral del canto* (1997), *Ser escritor en Panamá* (1999), *Prometeo No. 59-60* (Medellín, 2001), y otras más.

Ha participado en el Primer Encuentro Centroamericano de Escritores (Panamá, 1992), Festival de Cultura del Caribe (Quintana Roo México, 1995), VI Congreso Internacional de Literatura de Centroamérica (Panamá, 1999), XI Festival Internacional de Poesía de Medellín (2001), Primer Festival Internacional de Poesía de El Salvador (2002) y V Festival Nacional de Poesía y I Muestra Iberoamericana de Manizales (2003).

Obra poética publicada: *Futuros ejércitos del mundo* (1980), *Voces en la lluvia* (1983), *La sola mar* (1989), *Serenas estaciones y otros poemas* (México, 2001), *Canción sin nombre y otros poemas* (2001) y *Relinencias* (2001).



«**Carta a Edmond Bertrand** es un poemario fundacional que canta la epopeya de Panamá con hondo sentido civil y colectivo y una voz con oficio.»

Elva Macías (México)

Isabel Barragán de Turner y Álvaro Ménendez Franco